



Antonio María Esquivel, en su Estudio durante un recital del poeta José Zorrilla, acompañado por otras personalidades. Autorretrato.

## VARIACIONES DEL RETRATO

Por MIGUEL MOYA HUERTAS



La Exposición de Autorretratos de Pintores Españoles (1800-1943), inaugurada en el Museo Nacional de Arte Moderno, suscita el problema del retrato, que es como decir la vasta polémica de los parecidos. Quizá sea este el aspecto de mayor actualidad para el público y para la crítica; pues de todas las restantes preguntas que plantea la Exposición, ninguna puede apasionar tanto como la que alude al hombre y a

la interpretación pictórica de su mundo interior. En efecto; es en la cuestión del retrato en la que fallan los criterios de la deshumanización, en la que hasta los teorizantes de la plástica pura, independiente de ese contrapunto de la comparación que en muchas ocasiones prolonga y perfecciona las dimensiones de la obra en un orden cultural, se estrellan contra un hecho simple, el del parecido, que paraliza el artefacto doctrinario.

Un artista puede afirmar, con el consiguiente escándalo en su prójimo, que la cabeza de don Fulano de Tal fué en el cuadro el pretexto para hacer vibrar los colores o para que las lí-

neas de la estructura se combinaran bellamente. Y ese artista tiene razón. Siempre que no asegure que es retrato lo que es el artificio de su versión del natural se convirtió en un punto de apoyo para revestir el esquema físico—la cabeza en cuestión—con la máscara que los pinceles han impuesto a la carne precedera.

Pero pintar un retrato consistirá mucho más en descubrir lo inmortal que en traducir, paleta en mano, lo que se acaba minuto por minuto. Desenmascarar al sujeto, traerlo a captarlo sobre el lienzo es la misión del retratista. El rostro ha de estudiarse en sus mil mutaciones, porque la facción, el gesto y la mueca cambian sin cesar y en cada rasgo nuevo, que las sucesiones bruscas del ánimo engendran, está el secreto del hombre. Lo inmortal no podemos concebirlo ya en el retrato como un producto estético fuera del tiempo que plasma en el espacio lo que se agita en una faz de la existencia—la cabeza de este señor—, sino en la vida que palpita ahora bajo la osamenta y el músculo. Pintar un retrato es cosa difícil, pues debe resolver el artista en una síntesis creadora un violento antagonismo. Lo carnal y lo espiritual pueden confundirlo, y él ha de eliminar aquellas inflexiones de la expresión que no sirven para inducir por el camino más corto de la averiguación del carácter el genio y la personalidad del retratado. Lo inmortal